CAPÍTULO XI. *De cómo pasó adelante Fernando Cortés y lo que le sucedió en Tabasco en los encuentros que tuvo con los indios, y el peligro grande en que estuvo*

UY CONTENTO CORTÉS CON LA VENIDA de Gerónimo de Aguilar (porque le parecía que llevándolo en su compañía le sería muy fácil tratar con los moradores de la tierra, por saber la lengua de los de Yucatán) salió de la isla de Cozumel en demanda de el navío que le faltaba (el cual había perdido en la tormenta pasada); allegóse a tierra firme, mandó a los navíos pequeños que se pegasen a la costa todo lo más que pudiesen para ver si le hallaban, y caminando con este cuidado le vieron estar entre unas isletas que Juan de Grijalva llamó Puerto de Términos. Hallaron que estaba bueno y la gente sana; y todos se alegraron de ver la armada porque juzgaban ser perdida; tenían hecha mucha cecina de conejos y liebres que cazaba una lebrela que se le había quedado en aquella tierra a Juan de Grijalva (que cebada de la caza se emboscó y cuando quisieron partirse no la hallaron y así la dejaron perdida, pero después volvió a la playa y se andaba por ella hasta que vido este navío y como reconoció la gente comenzó a hacer halagos y regocijos), y en saliendo los castellanos a tierra se fue con ellos. Cortés llamó aquel puerto el Escondido. Pasaron al río de Grijalva, provincia y pueblo de Tabasco, donde el cacique de él había vestido de piezas de oro al mismo Grijalva (como queda dicho); surgieron en su boca, porque la entrada es muy baja y combate la agua de la mar con la del río y por esto es muy peligrosa. Por asegurarse Cortés mandó quedasen allí todos los navíos grandes, y con todos los demás y la mayor parte de la gente bien armada con algunas piecezuelas de artillería entró por el río arriba. Cuando los indios vieron tanta gente y navíos y que saltaban en tierra, salieron de un pueblo grande que allí cerca estaba, armados de arcos, flechas y rodelas, muy empenachados y pintados de colores (que llaman embijes, que para ellos era de gran ferocidad y gala) y vinieron a saber quién eran u qué querían. Pasaron los nuestros río arriba y reconocieron que el pueblo estaba reparado con una cerca de madera con sus troneras para los flecheros. Entraron los indios en sus canoas para impedirles que no saliesen a tierra. Hízoles Cortés señas de paz y mandó a Gerónimo de Aguilar que les hablase; los indios no curaban de más de darles a entender que no llegasen a su pueblo ni saliesen a tierra. Cortés pedía de comer y agua, ellos le mostraban el río y que subiesen un poco más arriba y que la hallarían dulce. Volvieron los indios al pueblo y trajeron a Cortés unas pocas de canoas de maíz, pan, frutas y gallinas y de todo lo que en el pueblo tenían. Fernando Cortés les dijo que traía mucha gente y que aquello era muy poco para tantos; dijéronle que esperase hasta otro día, pues era ya tarde y que volverían con más comida.

Fernando Cortés acordó de recogerse a una isleta del río entre tanto

que pasaba la noche, y cada una de las partes pensaba engañar a la otra; los indios, temiendo la fuerza de los castellanos y que con ella querrían entrar en el pueblo y que se lo saquearían, gastaron la noche en sacar de él sus haciendas, mujeres y hijos y en aparejarse para resistirlos. Cortés tampoco dormía pensando cómo pasaría el río con su gente y caballos para entrar en el pueblo si acaso los indios no quisiesen recibirlo; envió a buscar vado y hallóse cerca de allí, por ser tiempo de verano, aunque el río es muy grande; volvió a mandar que se reconociese el pueblo y hallóse que por las espaldas un arroyo arriba se podía entrar. Envió luego al capitán Alonso de Ávila para que con ciento y cincuenta soldados se emboscase cerca del pueblo por la parte que se había reconocido del arroyo, con orden que cuando le diese señal con una pieza de artillería desde los bateles, acometiese al pueblo, y él se metió con todos los demás en los bateles, y ordenó a Alonso de Mesa que tuviese cargada la artillería y a punto. Poco antes que amaneciese ya los indios estaban en la playa con más comida, diciendo a Cortés que tomasen aquello, que no tenían más porque la gente del pueblo se habían espantado de verlos y se habían huido, y que se fuesen su camino sin detenerse más. Cortés los recibió bien y les hacía muchas señales de paz, porque en ninguna manera quisiera llegar a las manos con los indios, porque aún no conocía la tierra y le parecía que la gente de ella era mucha y que no podía fácilmente desembarcarse si una vez se le atrevían y en algo saliesen vencedores.

Viendo los indios que ni con dádivas ni con ruegos no se iban, ofrecieron a las manos el echarlos de su tierra y comenzaron los flecheros a desembarcar flechas que venían hacia los nuestros, espesas como granizo, en una tempestad deshecha. A todo esto se estuvo Cortés quedo sin hacer más que cubrirse de ellas resistiendo todos como mejor podían su muchedumbre y furia, y claramente decía que de paz quería entrar en el pueblo y los indios que no se lo habían de consentir sino que sin llegar a él se fuesen. Y como nada bastaba para persuadir a los indios y el tiempo se gastaba en vano, hizo señal a Alonso de Ávila, el cual con mucha presteza acometió al pueblo; soltáronse tras él los otros tiros, y los indios (que nunca tal habían oído ni visto), creyendo que venía fuego del cielo, se asombraron y atemorizaron; pero no por esto dejaron de pelear con mucho esfuerzo y ánimo, mas por más que hicieron no pudieron resistir el pueblo y así fue entrando con muerte de muchos indios. Entendióse luego en el saco. Hallaron las casas llenas de maíz, gallinas y otros bastimentos y quedaron los nuestros señores pacíficos del pueblo, porque los indios que escaparon se fueron a los bosques. Reconocióse el templo, que era fuerte y muy grande, donde se aposentó la gente y estuvo aquella noche siguiente con mucha guarda. Otro día envió Fernando Cortés algunos indios que se habían prendido para que dijesen al señor del pueblo que fuese a él y que no tuviese miedo, que de allí adelante quería ser su amigo y no hacerle mal ninguno, sino todo buen tratamiento, porque le quería decir muchas cosas en su provecho; y entre tanto se curaban los heridos castellanos, que eran hasta cuarenta, y Cortés mandó que se llevasen a los navíos; aquí se les huyó Julianillo

dejando los vestidos castellanos colgados de un árbol, de que pesó a Cortés porque no dijese a los indios algo en su perjuicio.

El señor de la tierra, no dejándose persuadir de los indios que le envió Cortés, ni dando crédito a sus palabras, convocaba la gente con determinación de echar o matar aquellos pocos hombres extranjeros, que era lo que siempre les engañaba porque no se persuadían que tan pocos en número eran suficientes a resistir la fuerza de tantos juntos, no creyendo que el valor de los pocos era igual con la fuerza de los muchos; y mientras que se juntaba envió veinte y dos indios bien aderezados a su modo que parecían hombres principales y dijeron a Cortés, que su señor le rogaba que no quemase el pueblo y que le enviaría vituallas; respondióles muy bien diciendo, que pues había soltado todos los presos podían conocer su intención, que era de estar con ellos en paz; volvieron otro día con alguna comida y le dijeron que su señor decía que libremente podían entrar por la tierra a rescatar comida. Cortés, pensando que como habían sido vencidos no querían más guerra, les dio algunas cosillas y envió tres cuadrillas de castellanos con algunos capitanes para que entrasen por la tierra, que fueron Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, para que buscasen al cacique y traer bastimentos. Uno de estos capitanes dio en unos maizales cerca de un pueblo adonde halló mucha gente de guerra que debía de estar esperando que se llegase la demás. Y rogando a los indios que le vendiesen del maíz y no queriendo, de palabra en palabra vinieron a las armas; y fue la furia con que los indios acometieron tan grande que tuvieron que hacer los castellanos en resistirles, porque descargaban multitud de flechas y valerosamente peleaban con lanzas armadas las puntas con espinas y huesos muy agudos de pescados. Cargaron tanto a los castellanos que los encerraron en una casa adonde se hicieron fuertes, y allí pelearon gran rato del día; y como la grita que dan los indios cuando son muchos es cosa de espanto y sonaba por los montes, oyéndola las otras cuadrillas de castellanos acudieron al rumor y llegaron a tiempo que los castellanos cercados tenían perdida la esperanza de vivir; no aflojaron los indios con el socorro, que serían ya en todos doscientos castellanos, antes los apretaban con mayor porfía.

Estando los castellanos sitiados en la casa antes que les llegase el socorro, ciertos indios de Cuba fueron a dar aviso a Cortés de lo que pasaba, y como era hombre de suma diligencia, al momento con algunos castellanos y unas pocas piezas de artillería caminó la vuelta de los que peleaban. Hallólos que se venían retirando y dando los indios en ellos fieramente, y aunque quisiera excusar derramar sangre, viendo el peligro de los suyos y que era necesaria la defensa, mandó disparar la artillería y los indios huyeron no quedando hombre con hombre. No curó Cortés de seguirlos porque sus españoles estaban muy cansados y muchos de ellos heridos. Llegados al pueblo envió a los navíos los que estaban heridos. Mandó también sacar los caballos, el artillería y gente que quedaba, porque sospechaba que los indios habían de venir sobre ellos. Y para estas ocasiones (como dice Cicerón) no sólo es lícito defenderse con fuerza de los contra-

rios, pero es muy necesario contravenir a su fuerza con todos los medios ofensivos que ser pudiere. Y así Cortés, como hombre ya irritado y lastimado en sus soldados heridos, puso la de toda su gente y artillería en defenderse y ofender a los indios, los cuales no teniéndose por vencidos vinieron otro día más de cuarenta mil en cinco escuadrones y se pusieron como pláticos en la tierra entre unas acequias y ciénagas de mal paso. Encomendando Fernando Cortés la artillería a Alonso de Mesa, con cuatrocientos hombres (después de haber oído misa), caminó la vuelta de los enemigos por entre muchas heredades y huertas de cacao, que es la almendra y riqueza de estas tierras calientes, como en otra parte decimos; la cual planta, como donde la tierra no es muy húmeda, ha menester regarse algunos tiempos del año. Tenían estos indios para las suyas muchas acequias de agua, lo cual fue de grande impedimento a los caballos, y gran aparejo para que los indios pudiesen hacer daño a nuestros soldados. En viéndose los unos a los otros por la mala disposición del sitio, los castellanos se hallaron muy embarazados y desacomodados y comenzaron a perder la orden. Fernando Cortés mandó a la infantería que caminase por una calzada que de ambas partes tenía mucha agua y fue a pasar con los caballos a la mano izquierda, y por el estorbo de las acequias no pudo llegar con la brevedad que pensaba. Entre tanto los indios acometieron con terrible furia peleando con sus arcos y con hondas, tirando terribles pedradas y arrojando dardos; y de tal manera acometieron a los castellanos, que los vinieron a encerrar en una hoya a manera de herradura. Y aunque las escopetas y ballestas les ofendían mucho y caían muertos sin cuento, con la rabia del pelear y esperanza del vencer que les daba el poco número de españoles, como eran tantos ellos y se mudaban de refresco, entrando unos y saliendo otros, no sentían ni hacían caso del daño que recibían. Halláronse así muy fatigados los castellanos, procuraron de mejorarse a un sitio más espacioso y llano adonde pudieron aprovecharse más de las armas y en especial de los tirillos, porque había allí menos embarazo y estorbo de acequias y valladares detrás con los cuales y con los árboles los indios se reparaban y a su salvo tiraban sin ser ofendidos.

Era ya grande el cansancio de los nuestros y hallábanse muchos heridos; y aunque los tiros (por ser muchos los indios) mataban infinitos, combatiendo porfiadamente los arremolinaron en poco sitio y rodeándolos por todas partes y flechándolos y fatigándolos con las hondas, les convino, para salvarse, volverse las espaldas unos a otros y pelear de esta manera; y aun así se hallaban en tanto aprieto que se tuvieron por perdidos, porque ya no había lugar para que la artillería hiciese su oficio ni de sus armas se podían aprovechar. Estando en este aprieto llegó Fernando Cortés harto de pasar acequias y ciénagas, y viendo a la gente en peligro cerró con los caballos alanceando y matando; cosa que en los indios causó grandísimo espanto porque como nunca los habían visto creían que caballo, hombre y lanza eran una misma cosa. Pero no por eso dejaban de pelear aunque veían muchos muertos a sus pies; y ayudados los caballos de la infantería, viéndose los indios perecer sin remedio, acordaron de dejar el campo y

meterse por las espesuras, siguiendo nuestra infantería el alcance, y matando indios sin tasa. Mandó Fernando Cortés tocar a recoger. Halló sesenta heridos y ninguno muerto. Volvióse al pueblo haciendo cuenta que quedaban muertos este día (que fue lunes antes del santo de este mismo año) más de mil indios, y dio gracias a Dios por tal victoria, en que Fernando Cortés siempre fue muy cuidadoso, porque fue dotado de las tres cosas que se requieren en la guerra, que son: consejo, determinación y eficacia u presteza, por la vivacidad de su ánimo y promptitud de su ingenio con que prevenía y proveía las cosas necesarias que había menester para sus empresas; con lo cual y con el ejemplo que daba a sus soldados, en los trabajos y peligros, los tenía muy rendidos y sujetos y hechos a grande promptitud y obediencia que es lo más esencial de la guerra.

CAPÍTULO XII. *Que visita a Cortés el cacique de Tabasco y se hace amigo de los indios, y se da la razón por qué causa tomaron las armas contra los nuestros y se hicieron guerra, y que celebró allí el domingo de ramos y se parte de ellos dejándolos hechos amigos*

ASADA ESTA BATALLA que fue tan sangrienta y peligrosa, descansó Cortés con su gente allí dos días, en los cuales se entendió en curar los heridos y rehacerse de algunas cosas que le faltaba. Pasado este tiempo, pareció a Fernando Cortés enviar a decir al cacique que cesase la contienda y que hubiese paz y que de la pasada él tenía la culpa y que le pesaba de ello, y que si quería ser amigo, que no se trataría más de ofenderle y que en lo que tan pocos habían hecho contra tantos podría conocer lo que podría esperar si la guerra pasaba adelante. Viéndose los indios tan disipados y el estrago que en ellos se había hecho, todos fueron de parecer, que pues aquellos hombres eran tan fuertes y traían tan terribles armas y sobre todo aquellos animales que tanto corrían y alcanzaban y los acabarían de asolar, que se hicese paz con ellos. Envió luego el cacique ciertas personas ancianas a tratarla. Recibiólos Cortés muy humanamente, pidiéronle licencia para enterrar los muertos y para irle a visitar. Cortés con alegre rostro dijo, que se holgaba de que hubiesen venido en conocimiento de su error y que también holgaría de asentar con ellos una buena paz y amistad; y para más persuadirlos les presentó muchas cosillas de los rescates de Castilla y en su presencia mandó soltar a todos los presos en la batalla y curar los que estaban heridos. Con esta respuesta el cacique con todos los principales se acabaron de resolver y vistiéndose a su modo ricamente muy acompañado fue a visitar a Fernando Cortés llevando mucha cantidad de vitualla. Iba el cacique entre dos de los más principales y la demás gente algo atrás y poniendo primero el presente delante de Fernando Cortés, en el cual había hasta cuatrocientos pesos de oro en joyas